



La Iglesia Primitiva Enfrenta la Persecución

Por C. Marvy Maxwell

El poder que los sacerdotes católicos, a través de los siglos, ha ejercido sobre sus congregaciones siempre ha asombrado a los protestantes. Para explicar, al menos en parte, cómo los clérigos católicos obtuvieron tanta autoridad es el propósito de este artículo.

Esta autoridad de los sacerdotes está enraizada en la doctrina del “poder de las llaves”. Que es, el derecho del sacerdote a abrir y cerrar las puertas del cielo para un pecador. Creció en un alto grado de los severos problemas internos y externos que confrontaba la iglesia de la segunda y tercera centurias.

El problema externo más severo que confrontó la primitiva fue, por supuesto, la persecución.

Ahora, una cierta equivocación acerca de esta persecución temprana debiera ser eliminada, si entendemos cómo la persecución ayudó a desarrollar el “poder de las llaves”. Desde el tiempo de Pablo hasta la victoria de Constantino, la verdad parece ser que sólo un número limitado de cristianos murió, excepto, por supuesto, durante la misma aguda persecución Diocleciana, cual comenzó en el año 303.

El imperio Romano no estaba tan dispuesto a perseguir como se supone a veces. En el Nuevo Testamento, por ejemplo, los romanos se encuentran repetidamente protegiendo a Pablo de sus enemigos, como bien se conoce. Es de notar el hecho de que el Emperador Trajano (98 – 117) le dijo a uno de sus gobernadores, Plinio, que no persiguiera a los cristianos y que no aceptara cargos anónimos en contra de ellos. El emperador Adriano (117 – 138) insistía en que antes de que un cristiano pudiera ser condenado a sufrir, tenía que ser convicto por un crimen en una corte abierta. Cuando el filósofo pagano Crescenciano, trató de que ejecutaran al filósofo cristiano Justino, la justicia romana salvó la vida de Justino. El Emperador Cómodo (180 – 192) trajo a muchos cristianos del destierro a pedido de su concubina cristiana, Marcia. Cuando los cristianos objetaron o se opusieron a tomar el voto de lealtad por el “genio” (o espíritu) del emperador, pues lo consideraban idolatría, un bondadoso gobernador renovó un antiguo precedente de los libros de la ley y sugirió que ellos juraran por la salud del emperador en su lugar. Muchos cristianos lo hicieron así, y fueron liberados.

Por supuesto, había persecución y por tiempos era amarga. Nerón, como todo el mundo sabe, quemó a un buen número de cristianos, los usó como faroles, alimentó a las fieras con ellos

UNIVERSIDAD DE MONTEMORELOS
MONTEMORELOS, N.L. MÉXICO

Av. Libertad 1300 Pte. Apdo. 16
Tel. (826) 263 0900 ext. 152, 153
www.centrowhiteum.org.mx

DECLARACIÓN DE MISIÓN

“Cuidar, proteger, traducir y hacer circular los escritos de la Sra. Elena G. de White y otros documentos históricos de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en Interamérica. Promover y facilitar la investigación seria, honesta y verdadera de contenidos teológicos e históricos; y así, contribuir a la formación de líderes capaces y calificados para cumplir con la misión de llevar el evangelio a todo el mundo”

bajo el cargo de haber incendiado a Roma. Bajo el Emperador Domiciano, Juan fue desterrado a Patmos. Bajo Diocleciano (284 – 305), 200 años más tarde, hubo una verdadera masacre. Un testigo ocular en Egipto reportó haber visto tantos cristianos asesinados de una vez que las hachas de los ejecutores se quedaban sin filo y tenían que ser reemplazadas, y que los ejecutores se cansaban y tenían que ser relevados.

Las Persecuciones Generalmente Locales

Pero las persecuciones tal como ocurrieron en la iglesia primitiva fueron usualmente locales e involucraban solamente a un pequeño grupo de personas a la vez. Plinio martirizó a unos pocos cristianos en Bitinia, cerca de 112; entonces consultó con el emperador para ver si estaba haciendo lo correcto. Adriano (¿o era Antonio Pío?) ejecutó a uno o dos obispos romanos. Algunos airados judíos en Esmirna fracasaron en llevar al gran viejo Policarkpo al anfiteatro hasta después de las horas legales para el león de la comunidad y así obtuvieron permiso del magistrado para en su lugar quemarlo. Bajo Marco Aurelio (161 – 180) Justino fue finalmente martirizado en Roma, y Blandina y una docena o más fueron asesinados en Galia (Francia). Blandina fue, entre paréntesis, notablemente valiente. Aunque era aparentemente una adolescente, sobrevivió a un largo día de tortura, sus atormentadores tuvieron que dejarla, ya que había llegado la noche. Al día siguiente fue colgada en forma de una cruz para que los animales se la comieran, pero estos no hicieron daño. Al tercer día fue torturada nuevamente y con todo pronunciaba una y otra vez: “Yo soy cristiana”, y se mantenía firme. Finalmente murió enredada en una red, corneada por un toro. ¿Una muchacha cristiana valiente!

Por supuesto, aunque la persecución era desigual, siempre aparecía como una posibilidad. Cuando había un desastre natural se levantaba el grito: “¿Los cristianos a los leones!” Por ejemplo, una racha de terremotos que barrieron a aldeas completas de Capodocia en el año 236 atemorizó a los paganos en contra de los cristianos y se levantó una severa persecución. Pero las provincias circunvecinas estaban tranquilas, así que los fieles huían a ellas y salvaban sus vidas, aunque no sus propiedades.

Los hechos de la historia son que, si bien había alguna persecución, los romanos no disfrutaban particularmente al perseguir a los cristianos. Muchos gobernadores preferían gloriarse de que regresaban a Roma de sus servicios en una provincia con sus espadas sin mancha de vidas humanas, aún la de criminales. Los gobernadores estaban designados para mantener la paz romana, y en tanto que las cosas estuvieran en paz un hombre podía creer casi cualquier cosa que escogiera. Si se hacía deseable que alguien muriera para sofocar un tumulto, un simple cristiano, o un puñado a lo sumo, podían ser tomados como ejemplos, y el resto dejado solo. Cuando Cipriano, el obispo de Cártago en el Norte de África, fue martirizado en el año 258, toda su congregación salió para ver su fin y los oficiales romanos no pusieron las manos encima de un solo laico.

Pero ¿cuál es la relación, ahora, entre todo esto y nuestra pregunta acerca del poder histórico de los sacerdotes sobre sus miembros de iglesia?

Como todos sabemos Tertuliano, un testigo contemporáneo, dijo que “la sangre de los cristianos es semilla”. La persecución parecía una emanación atractiva de emoción por ser un cristiano. Persuadió a los paganos de que los cristianos tenían un mensaje, y como verdaderamente lo tenía, eso cambió vidas. La persecución, de este modo, era un medio excelente para las relaciones públicas. Pulía o daba lustre, a la imagen de la iglesia e influenciaba a gran número de personas para hacerse miembro.

Pero, desafortunadamente, el donaire de la persecución sin la realidad de ella puede causar un daño indecible. Muchos se unieron a la iglesia pensando como Pedro, que morirían con Cristo aunque todos los hombres le negaran, pero que eran propensos a comportarse como lo hizo Pedro cuando vino la dificultad.

Así que, cuando bajo el emperador Decio (249-251), hubo una pequeña persecución, la cual, sorpresivamente, intentó exterminar a la cristiandad, tuvo graves repercusiones. Esta persecución fue muy sutil. Requirió de todos los ciudadanos ofrecieran sacrificio a los dioses romanos como prueba de su lealtad, pero al mismo tiempo parecía que habían hecho provisión para que los cristianos compraran juramentos certificados de que habían ofrecido el sacrificio de lealtad, aún cuando no lo habían hecho. Mientras que muchos cristianos sabían lo que eso significaba rechazaron cada pretexto o simulación y fueron empujados a las prisiones. Miles de otros cristianos alrededor del Mediterráneo fueron entrampados y compraron los certificados. Así que muchos, de hecho, corrían a las cortes de los magistrados en una ciudad; de manera que a la hora de cerrar todavía había largas filas esperando a que se les atendiera.

Actuar cobardemente y con mentira era equivalente a la apostasía. Cuando el emperador murió de repente y la persecución pasó como una tormenta de verano, los obispos se encontraron de repente con una vasta membresía que había hecho el juego falso. Un obispo escribió que “las ruinas del caído están extendiéndose sobre casi todo el mundo” (Epístola de Cipriano 30 en ANF V, 310). Era un tiempo para un escudriñamiento de corazón.

En armonía con la antigua costumbre de que la idolatría cometida después del bautismo era imperdonable, como se discutió en el artículo de la semana pasada, cada apóstata fue desfraternizado.

¡Pero había tantos apóstatas! Y muchos de éstos, aliviados quizás al ver la fiera persecución habían terminado tan pronto y con unos cuantos cristianos martirizados, estaban pronto pidiendo el perdón y la readmisión en la iglesia.

La mayoría de los obispos lo rechazaron. Perdonar bajo tal circunstancia, dijeron, destruiría a la iglesia y de todas formas estaba lejos de su poder. Pero cuando los obispos los rechazaban, los apóstatas se volvía a los “confesores”. Los confesores eran todos aquellos cristianos fieles que habían sido arrestados por su fe pero que no se habían convertido en mártires” al ser ejecutados por ello. Desafortunadamente, y esto es lo más importante, la iglesia primitiva dejó de considerar el consejo que se encuentra en Mateo 18 y 1 Corintios 6 de que toda la congregación reunida debía decidir los asuntos de disciplina de la iglesia. En su lugar, se había desarrollado la costumbre de que los obispos o confesores debían decidir quien sería perdonado. Antes del 250 después de Cristo esta costumbre no había sido codificada en una doctrina específica, en parte porque muy pocos pecados serios cometidos después del bautismo eran considerados perdonables, y en parte porque antes del 250 no había muchos confesores, ya que no había mucha persecución., y así ningún punto de disputa entre las prerrogativas de los confesores y de los obispos en este respecto se había levantado pata traerlos a consideración.

Pero ahora había un buen número de confesores y algunos de ellos estaban ansiosos por ejercer al máximo su nueva facultad. Estos confesores ambiciosos recomendaban a los miembros, casi indiscriminadamente, pedir perdón, ya fuera que estuvieran verdaderamente arrepentidos o no. Los obispos estaban escandalizados, y desde España hasta Palestina había una gran confusión en la iglesia.

Se escribieron libros, se celebraron concilios y se tomaron decisiones. Todos los obispos estaban de acuerdo en que los confesores ya no podían perdonar; sólo los obispos podían hacerlo. Y la mayoría votó que los obispos debían perdonar, y la mayoría de los apóstatas fueran retirados.

Pero había obispos estrictos que rechazaban perdonar la apostasía, quienes insistían que Cristo nunca había dado poder a los obispos para perdonar a los transgresores un pecado. Estos eran guiados por un teólogo romano de nombre Novaciano, quien fundó una secta vigorosa llamada Novacianos. La formación de esta secta agravó grandemente el problema completo.

Como de costumbre en tales disputas, cada lado se movía cada vez más a posiciones extremas, y las declaraciones que hacían duraban más que la disputa misma.

Cipriano en particular desplegó sus grandes cañones intelectuales en contra de los Novacianos y argumentó en un libro de más significación en influencia sobre la unidad de la iglesia 1) que por medio de Pedro, Cristo había dado a los obispos el poder de perdonar toda clase de pecados, 2) que los pequeños grupos de obispos tales como los Novacianos harían mejor en no comenzar pequeñas iglesias por su cuenta las cuales no eran realmente iglesias. “No puede tener a Dios por su Padre”, rugía Cipriano, “quien no tenga la Iglesia por su madre”. “No hay salvación fuera de la Iglesia” (Católica).

La controversia finalmente se calmó, pero los argumentos y decisiones que la ocasionaron permaneció. Casi el humo de la batallas se quita soplando el viento, los clérigos fueron vistos erguidos agarrando codiciosamente en sus manos el “poder de las llaves”, la autoridad establecida exclusivamente sobre ellos para abrir las puertas de los cielos para un pecador –y de cerrarla para ellos-. Porque el poder de perdonar es también el poder de escoger no hacerlo.

La razón por la cual aún hoy los laicos católicos atribuyen casi un poder absoluto a sus sacerdotes, es que el sacerdote “tiene el poder de las llaves” por ende de su salvación.

Es una forma de pensar que retrocede un largo camino en la historia a un tiempo cuando una persecución inusual cogió a una iglesia auto-asegurada por sorpresa y actuó como un catalizador para ayudar a los obispos a cristalizar y codificar su poder.